

María Josefina Regnasco se dedica, desde hace años, a investigar los problemas del desarrollo y a reflexionar sobre las causas y las consecuencias de las actuales prácticas económicas. Su visión trasciende ampliamente la esfera económica, incluso la político-social, para aportar una mirada holística enclavada en una reflexión antropológica que busca las razones más profundas de lo que ha titulado, con acierto, “crisis de la civilización” (y no solamente de la economía o de la producción).

Su reflexión se articula en diez capítulos, cada uno de los cuales conserva un esquema análogo: el problema inicial, repaso a la historia, el diagnóstico y algunas conclusiones (o esbozos de ellas). La mirada “hacia atrás” en estas razones de larga data, la llevan a mostrar, en el capítulo primero, cómo el hombre ha pasado de una concepción cíclica del tiempo, acorde con los ritmos de la naturaleza, a una concepción lineal y unidireccional, la cual a su vez y desde la Modernidad, con ritmo acelerado, va dando lugar a las “economías de la velocidad” y a la cultura del “nanosegundo”. La inviabilidad de este mundo superacelerado y virtual para un individuo humano se muestra en el malestar de la mayoría de los habitantes de las grandes urbes y en la aparición de la “contracultura de la lentitud”, que gana adeptos día a día.

Pero no es sólo una cuestión de salvataje individual en el seno del caos; éste no es un libro de autoayuda, sino de investigación. La autora se pregunta, con pertinencia, por los antecedentes y las causas, comenzado (en el capítulo segundo) por un repaso a la evolución del sistema de producción y comercialización propio del capitalismo, que ha llevado a una “economía hipersimbólica” en que se han confundido deseos con necesidades, dinero (medio de cambio) con objeto de consumo, y producción con finanzas. Paradojalmente, el capitalismo que tanta incidencia tuvo en el surgimiento de los estados nacionales, ha llevado, por una espiral desenfrenada sobre sí mismo, al reinado de las megacorporaciones financieras que diluyen las fronteras y los sistemas nacionales en beneficio propio. Frente a esto, la autora señala la necesidad de buscar un modelo satisfactorio de desarrollo que sólo puede hallarse en la consideración de los proyectos societarios vinculados a la identidad. De allí que reclame, a la vez, un serio proyecto de nación, lo que hoy está faltando en una buena porción de los estados del mundo.

En esta visión retrospectiva, Regnasco nos sitúa en el siglo XVII, mostrando cuál era la cosmovisión occidental cuando aparece el capitalismo moderno. La idea de una naturaleza inagotable y objeto exclusivo de apropiación y producción humanas llevó a un concepto de productividad que externalizaba los gastos, los llevaba fuera de áreas controladas a otras dispersas. Con el correr del tiempo esta “entropía” del sistema ha pasado a los países pobres, que reciben los desechos del primer mundo y cuyos recursos naturales son explotados por transnacionales que dejan en ellos una mínima e insuficiente parte de sus ganancias. Al mismo tiempo, el crecimiento demográfico ha producido una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres.

En el capítulo cuarto la autora ensaya lo que llama “aproximación indirecta” al problema. Para explicar cómo funcionan las identificaciones sociales, toma el ejemplo de la Corte de Versailles, donde, con una gran estrategia, los primeros reyes Borbones encontraron el modo de satisfacer con la “seducción” del “decorado” simbólico a los nobles rurales guerreros y levantiscos, tornándolos inocuos cortesanos de peluquín. La famosa obra *El mercader de Venecia* plantea descarnadamente el poder del dinero: en ningún momento los jueces (que de algún modo representan los valores sociales comunes) se cuestionan la relación dinero-vida humana que debiera haber tornado insanablemente nulo el contrato de la libra de carne; al contrario, el “contrato” es sagrado. El tercer ejemplo es algo que todos conocemos: el gran poder de la publicidad. Todos estos abordajes estratégicos son, en definitiva, modos de legitimar conductas o proyectos anulando las defensas de los posibles perjudicados. Un llamado a la *sophrosyne* cierra esta exposición.

Edward Bernsays, el astuto publicista que logró convencer al pueblo de EEUU de involucrarse en la Primera Guerra Mundial, es el personaje del capítulo siguiente, que desmonta con precisión los mecanismos de la publicidad, concluyendo con una exhortación a analizar las formas sutiles con que somos manipulados. Es decir (tema del capítulo sexto) hemos pasado del sujeto dominante (de la naturaleza y de otros) a ser un sujeto “sujetado”; el hombre moderno, modelado por la racionalidad fuerte cuyos teóricos van de Descartes a Marx, termina con la “crisis del sujeto” a partir de los “maestros de la sospecha”. Nos queda, concluye, la tarea de volver a pensar al hombre. Y no sólo desde la antropología sino, y sobre todo, desde la ética. En el capítulo séptimo Regnasco pasa revista a los argumentos economicistas y sus sofismas, mostrando la necesidad de buscar nuevos marcos y recuperar el espacio de una auténtica ética.

La tarea, sin embargo, tampoco termina allí. Hay un punto flotando que debe ser encarado: la cuestión tecnológica. Desde las severas advertencias de Heidegger (que –debe decirse- en su momento pocos tomaron en serio) hemos recorrido un largo y veloz camino que finalmente ha llevado a la necesidad de desmontar los mitos de la razón tecnológica y del modelo instrumental aplicado a la economía y a los modos de “desarrollo”. Dos asuntos de palpitante interés se relacionan con el mundo tecnológico. Por una parte, lo que la autora llama “la patología del saber: el exceso de información”. El segundo problema vinculado a la tecnología es su “chatarra”, que hoy constituye un quebradero de cabeza de los sistemas de higiene urbana. Pero la cosa va más allá. Desde la chatarra espacial hasta los celulares y las pilas, se acumula sobre la tierra una enorme cantidad de material peligroso y contaminante. El costo de reducir o anular el peligro y/o la contaminación efectiva no se contempla en el producto, sino que se “exporta” al medio ambiente. Las montañas de basura que no se sabe dónde poner son sólo una muestra. La idea de extender, al contrario, la responsabilidad al productor está comenzando a tomar cuerpo. Sin embargo, esto no es suficiente. Se trata, más bien, de un cambio de mentalidad en el modo de usar los instrumentos, y, por otra parte, producir tecnología menos contaminante.

Como puede apreciarse, el libro proporciona una visión de conjunto, precisa y breve, de un complejo panorama que suele desalentar a quienes comienzan a internarse en el área de conflicto. Un libro para informarse, pero, sobre todo para formarse.

*Celina A. Lértora Mendoza*